

La Fragua de los Tiempos
29 de agosto de 2010 #876

¿Quién es Práxedes Guerrero? (Parte II)

Jesús Vargas Valdés

Desde 1904, cuando Práxedes Guerrero abandonó la hacienda familiar del estado de Guanajuato, en compañía de su amigo Francisco Manrique, ambos se habían comprometido con la causa revolucionaria, escogiendo el territorio de los Estados Unidos para luchar al lado de los obreros mexicanos de las minas, aserraderos y fundiciones de aquel país. Para entonces Guerrero se había convertido en un lector constante de las obras revolucionarias de los anarquistas europeos como Bakunin y Kropotkin.

En febrero de 1905, mientras Guerrero se encontraba trabajando como estibador en el puerto de San Francisco, publicó el primer número del periódico *Alba Roja* (desgraciadamente no se han recuperado para la historiografía de la revolución los ejemplares de este periódico). Algunos historiadores aseguran que *Alba Roja* llegó a manos de Ricardo Flores Magón y que fue el primer contacto entre ellos.

Más adelante, en octubre de 1905, mientras Práxedes hacía por su cuenta los primeros intentos de organización proletaria, empezó a circular en México y en varias ciudades de Estados Unidos el Manifiesto de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, firmando como dirigentes de la misma: Ricardo Flores Magón, presidente; Juan Sarabia, vicepresidente; Antonio I. Villarreal, secretario; Enrique Flores Magón, tesorero; Librado Rivera, primer vocal; Manuel Sarabia, segundo vocal; y Rosalío Bustamante, como tercer vocal.

El manifiesto firmado el 28 de septiembre de 1905 por los miembros de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, es uno de los documentos históricos más importantes por su contenido y por los efectos que produjo entre amplios sectores de mexicanos que desde ese momento se empezaron a organizar para enfrentar con las armas a la dictadura de Porfirio Díaz. Ellos, los magonistas, los militantes del Partido Liberal Mexicano, fueron los verdaderos iniciadores de la revolución mexicana, a nadie más se le puede atribuir ese mérito.

Durante cien años los historiadores mexicanos y extranjeros se han encargado de borrar esta verdad, unos por ignorantes y otros por tendenciosos han omitido en sus libros que desde 1906, mientras Madero andaba “hablando” con los espíritus, los magonistas estaban encabezando la insurrección, convencidos de que no había otro camino para expulsar del Gobierno a los corruptos que se habían apoderado de todo el país.

Es asombroso que después de cien años se siga repitiendo con insistencia que Francisco Ignacio Madero fue el gran líder que condujo al pueblo mexicano a derrocar a la dictadura de Porfirio Díaz. Y mientras se siga repitiendo esta falsa interpretación, seguiremos sin entender el porqué un movimiento triunfante se convirtió en derrota.

Los pocos historiadores que han intentado explicar objetivamente la revolución mexicana, exponen en sus libros cómo fue que desde 1906 los militantes del Partido Liberal Mexicano se integraron en fábricas y en pueblos de diversas partes del país con el fin de organizar al pueblo para la revolución. Pero la voz y la palabra de los historiadores oficialistas ha sonado mucho más fuerte, y ellos se han encargado de hacer los recortes cada vez que lo han considerado conveniente. Voy a traer un ejemplo que ilustra perfectamente esta manipulación de la historia oficial:

Durante buena parte del siglo pasado, la fecha del 20 de noviembre fue la más importante de la “liturgia cívica nacional”, aún por encima de la celebración del grito.

El desfile era el más concurrido tanto por escolares como por el público que se arremolinaba sobre las calles. Era la fiesta de la promisoría juventud expresando su patriotismo y vigor en las tablas gimnásticas, los bailables y carros alegóricos. Pero también era el día de lucimiento de los políticos, quienes con el micrófono en la plaza, “incendiaban” o intentaban incendiar a la concurrencia con sus discursos en los que nunca podía faltar la epopeya de los mártires de Río Blanco; de los mártires de Cananea a la hora de referirse a los “orígenes” de la revolución. Sin embargo nunca se mencionaba en esos discursos a Ricardo Flores Magón y a los heroicos militantes del Partido Liberal Mexicano, que fueron los organizadores de esas huelgas y de todos los movimientos populares que prepararon las condiciones para la revolución de 1910.

Nunca escuché en las clases de mis profesores, ni en la escuela primaria, ni en la secundaria, la palabra “magonismo” y nada escuché sobre un Partido Liberal Mexicano y menos todavía sobre la existencia de un periódico *Regeneración* que había sido tan peligroso para la dictadura porfirista, que por el simple hecho de que alguien fuera sorprendido con uno de esos ejemplares podía ser encarcelado. En cambio los profesores nos saturaron con el sonsonete del “Sufragio efectivo; no reelección” y el título de “Francisco I. Madero, apóstol de la democracia”.

Así no se podía ni se puede entender la historia, por eso es necesario, ahora que estamos recorriendo los pasos de Práxedes G. Guerrero, detenernos momentáneamente con el fin de conocer y analizar algunos de los puntos de ese manifiesto del 28 de septiembre de 1905, porque a final de cuentas ese documento fue determinante para que el joven guanajuatense se uniera al Partido Liberal Mexicano y tiempo después viajara a Chihuahua para ponerse al frente de los revolucionarios del distrito de Galeana que desde 1906 andaban preparándose con las armas en la mano para hacer la revolución.

Por limitaciones de espacio sólo vamos a transcribir algunas partes de este manifiesto con la convicción de que es muy importante su lectura completa porque buena parte del diagnóstico y de las propuestas que se hacen siguen vigentes.

El manifiesto del 28 de septiembre de 1905

Mexicanos:

Desolador es el cuadro que presenta la patria después de treinta años de espantosa tiranía. Tras la muerte de Juárez y el ostracismo de Lerdo de Tejada, tras la desaparición por causas diversas, de esos dos sostenedores titánicos de la democracia implantada en México con la Constitución de 57, cayó sobre la patria desamparada, como sobre tierra de conquista, la horda famélica y salvaje de los motineros tuxtepecanos.

Con Juárez y Lerdo la nación progresaba, pero en 1876, Porfirio Díaz, con esa mano férrea de que hablan propios y extraños, la obligó a detenerse primero, y después a retroceder. No existe en México más ley que la voluntad del dictador, cuyos caprichos, por absurdos o perjudiciales que sean, se consideran decretos inapelables. Todas las facultades, todos los poderes, todos los derechos, están reunidos en manos del dictador.

Los ministros de Porfirio Díaz no son hombres aptos para el desempeño de sus respectivos cargos. Los que no son idiotas, apenas llegan a medianías, pero todos tienen el triste mérito de la sumisión absoluta al dictador, y su bajeza moral es la que les ha procurado su elevación política.

Las Cámaras, ese santuario augusto del pueblo en las verdaderas democracias, sólo sirven a nuestro país como pretexto para que el tirano mantenga una falange de eunucos a costa del erario público. ¿Para qué mencionar a los que hoy deshonran la representación nacional? Con pocos epítetos se les designa a todos. Hablad de abyectos, de cobardes, de viles, y hablaréis de las Cámaras de México, repletas de corrupción, degradadas, hediondas. En ellas no vibra la voz del pueblo, sino las consignas del tirano, ante las que doblan la frente cientos de hombres que mejor debían llamarse esclavos. “Un esclavo no es hombre”, dijo con justicia una célebre mujer.

Los tribunales de justicia son mercados de favores; el magistrado es un comerciante; la judicatura un gremio de explotadores. La ley se desprecia, y el oro es el que determina los fallos de los jueces. La conciencia ha desaparecido. Y sobre ese mercado indigno, sobre esa turba de negociantes de toga, se cierne la consigna del dictador, ley suprema de los siervos que están en los puestos públicos.

De las Leyes de Reforma, como de la Constitución, no quedan sino el nombre y el recuerdo. El clericalismo, combatido y casi dominado por Juárez y Lerdo, ha vuelto a robustecerse a la sombra de Porfirio Díaz.

Éste les ha devuelto sus prerrogativas y les ha permitido recuperar las riquezas que perdieron, dejándolos violar a su antojo las Leyes de Reforma. El país está inundado de frailes, los conventos vuelven a levantarse; los curas vuelven a ser influyentes e inviolables y hacen alarde de escandalosa corrupción, sin recibir el castigo que merecen. La dictadura es clerical, y no podía menos que serlo, puesto que frailes y opresores siempre se dan la mano para arruinar a los pueblos.

Los gobernadores de los estados en la actualidad, son simples lacayos de Porfirio Díaz, que, para encumbrarlos, no les ha exigido sino dos cualidades: sumisión incondicional a la dictadura y carencia hasta del más ligero escrúpulo para tiranizar. Todos los gobernadores llenan las condiciones exigidas: son obedientes como un perro para con el dictador, y feroces como un tigre para con el pueblo.

Los opresores, ligados del primero al último por el lazo de complicidades, de servicios mutuos y mutuas complacencias, reinan fácilmente por su solidaridad inquebrantable, sobre el pueblo desunido y disperso.

Las legislaturas y los tribunales de los estados los integran, lacayos a gusto de los respectivos gobernadores, y las designaciones que éstos hacen son conocidas y aceptadas o reformadas por el autócrata. Hasta los más humildes municipios son constituidos a capricho del Gobierno y no por elección popular.

¿Cuáles han sido las consecuencias sociales de semejante género de gobierno? Cualquiera las ve y las palpa. Son: miseria pública, ignorancia popular, abatimiento general, lo suficiente para que el más optimista confiese que estamos en el colmo de la ruina. El reducido grupo de los que oprimen y explotan, extrema cada día más su crueldad y su ambición, insolentado por la impunidad en que lo ha dejado el pueblo durante treinta años. El esclavista, el encomendero, el señor feudal de otros tiempos resucitan al calor de la dictadura, y esos anacronismos horribles se multiplican, desafiando la civilización y las luces del siglo XX.

En México el trabajo es profundamente despreciado, porque no se le considera factor de la riqueza. Se considera mejor y más fácil enriquecerse por medio del poder, robando a los demás, que trabajando. Las clases trabajadoras han quedado reducidas a una condición espantosamente miserable, la tiranía las priva de todos los derechos, las hace ignorantes y miedosas, las convierte en turbas de ilotas desamparados. Entonces viene el capitalista, amigo del Gobierno, y toma a su servicio a esos parias, a veces sin pagarles y a veces pagándoles ínfimos jornales por

su trabajo. ¿Qué hace el paria ante la odiosa explotación que sufre, qué hace cuando el poder y el dinero se coaligan contra su debilidad y su pobreza? Se somete, se resigna a vivir como víctima, y va almacenando en su pecho amarguras inmensas que tarde o temprano tienen que estallar.

Todos los capitalistas, con rarísimas excepciones, son amigos de la dictadura o imitadores de su rapacidad. No hay labor en que el trabajador mexicano sea siquiera regularmente pagado. En todas partes se roba; en la mina, en la fábrica, en el campo.

Siendo evidente que nuestra situación reclama corregirse, sólo queda por resolver de qué medio debemos valernos para combatir al actual despotismo y levantar sobre sus ruinas la democracia augusta que anhelamos. Por nuestra parte, no podemos desconocer ni dejaremos de apuntar, como se apunta una verdad amarga, el hecho de que el civismo ha sido hasta hoy impotente para combatir la tiranía.

Necesitamos hacernos fuertes, y para conseguirlo debemos unirnos y organizarnos. Mientras estemos divididos y aislados, la liga poderosa de nuestros enemigos nos batirá fácilmente, y no podremos adelantar un paso. Somos miembros dispersos de un partido, el Partido Liberal, y no nos falta sino unirnos para hacernos respetar. Organicémonos para que los hombres de principios liberales se agrupen bajo la misma bandera y que todos y cada uno contribuyan con sus energías y sus elementos pecuniarios e intelectuales al fortalecimiento y progreso del partido libertador.

He aquí, en pocas cláusulas, los medios de reorganizar nuestro partido:

UNO.- Se constituye la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano con el personal que firma el presente manifiesto. La Junta existirá públicamente y residirá en un país extranjero para estar a salvo, hasta donde es posible, de los atentados del Gobierno de México. Trabajaré por la reorganización del Partido Liberal y con los elementos que los correligionarios le proporcionen, lucharé por todos los medios, contra la dictadura de Porfirio Díaz. *Regeneración* será el órgano oficial de la Junta.

DOS.- Los ciudadanos mexicanos que estén de acuerdo con las ideas de este manifiesto y anhelan la libertad de la patria, constituirán en las poblaciones en que residan, agrupaciones secretas que estarán en comunicación con esta Junta. Se aconseja a los correligionarios que sus dichas agrupaciones prescindan de inútiles formalidades. Lo único que se pide es que los ciudadanos liberales de cada población se reúnan de tiempo en tiempo para tratar de los asuntos políticos del país y mantengan correspondencia con esta Junta, ya para comunicarle noticias políticas, ya para proponerle proyectos, o ya, simplemente, para conservar con ella las relaciones establecidas. Se encarece a los correligionarios que constituyan uniones lo más numerosas posibles, pero si en algunas partes sólo hay un ciudadano de nuestras ideas, que no por su aislamiento deje de dirigirse a nosotros.

TRES.- Los grupos o ciudadanos que secunden la presente excitativa, lo comunicarán a esta Junta, que inscribirá sus nombres entre los miembros del partido que se reorganiza. Esos grupos y ciudadanos enviarán mensualmente a la Junta según los recursos y voluntad de cada uno, una contribución que se invertirá en los gastos que requiera el cumplimiento de la cláusula siguiente:

CUATRO.- La Junta, aparte de sus trabajos propios, procurará el fomento de publicaciones opositoras en México, distribuirá fondos entre los luchadores liberales que se encuentren en la pobreza, sostendrá a los que la dictadura encarcele o despoje; y si se dan casos de que un funcionario público pierda su posición por haber cumplido con su deber, también lo ayudará. Anhelamos hacer efectiva la solidaridad entre los liberales y para ello contamos con el apoyo eficaz de nuestros correligionarios.

CINCO.- La Junta guardará absoluto secreto sobre los nombres de los adeptos. No comunicará entre sí a las distintas agrupaciones o personas afiliadas, sino hasta convencerse de que son verdaderamente leales a la causa. Pero si algún miembro del partido no desea en ningún caso ser comunicado con los demás, se servirá declararlo y la Junta respetará su voluntad.

Por estos medios nos organizaremos sin peligro, y cuando tenga fuerza nuestro partido podrá desplegar sus banderas y entablar la lucha decisiva frente a frente de la odiosa tiranía.

Mexicanos:

Inmensos son vuestros infortunios, tremendas vuestras miserias, y muchos y terribles los ultrajes que han humillado vuestra frente en seis amargos lustros de despotismo. Pero sois patriotas, sois honrados y nobles, y no permitiréis que eternamente prevalezca el crimen. El Partido Liberal os llama a una lucha santa por la redención de la patria: Responded al llamamiento, agrupaos bajo los estandartes de la justicia y del derecho y de vuestro esfuerzo y de vuestro empuje, surja augusta la patria, para siempre redimida y libre.

Reforma, libertad y justicia.

St. Louis, Mo., USA. Septiembre 28 de 1905.